

Pasado, presente y futuro de la economía española

Nadia Calviño

*Vicepresidenta primera del Gobierno de España
Ministra de Economía, Comercio y Empresa*

«La mejor manera de predecir el futuro es creándolo»
Peter Drucker

«Procuremos más ser padres de nuestro porvenir
que hijos de nuestro pasado»
Miguel de Unamuno

1. Introducción

La economía mundial se encuentra en un momento de intenso cambio e incertidumbre. Las placas tectónicas sobre las que se construyó el orden global tras la Segunda Guerra Mundial se están moviendo, generando fuertes conflictos y abriendo brechas en los principios comunes y las instituciones que han venido rigiendo las relaciones económicas y comerciales a lo largo de un intenso periodo de casi 80 años. Desde entonces hasta la actualidad, los hitos geopolíticos se han sucedido, llevando desde la Guerra Fría a la creación de la Unión Europea, la caída del muro de Berlín y el surgimiento de nuevas potencias económicas fuera del eje Atlántico con un papel cada vez más importante en la arena internacional.

En paralelo con los cambios geopolíticos, la economía mundial ha vivido un periodo sin precedentes de integración y cambio tecnológico, de globalización y auge del sector financiero, con crisis regionales y también grandes *shocks* sistémicos. El fuerte crecimiento del comercio, de los niveles de producción y las rentas ha permitido salir de la pobreza y mejorar la calidad de vida de miles de millones de personas en todo el mundo, reducir las tasas de mortalidad infantil, aumentar las tasas de escolarización, revoluciones tecnológicas y el surgimiento de nuevos sectores económicos y foros globales. Al mismo tiempo, se han sucedido las crisis de balanza de pagos y deuda, han aumentado las desigualdades y tensiones sociales en el seno de las economías más desarrolladas y la magnitud de los grandes retos globales, medioambientales, tecnológicos y sanitarios, han puesto de relieve las limitaciones de una red global de seguridad física, financiera y económica hecha para un mundo muy diferente del actual.

En el ámbito europeo, hemos vivido el periodo más largo de paz de la historia, pasando de una incipiente unión aduanera con políticas comunes en los ámbitos claves para evitar una nueva guerra (carbón, acero, energía atómica y agricultura) a una unión económica y monetaria, primera potencia comercial del mundo con una creciente integración económica y política. Tras las sucesivas ampliaciones y la salida del Reino Unido, el proyecto cuenta con 27 Estados miembros, una moneda común, el euro, que es la segunda de reserva a nivel global, y se enfrenta al reto de definir su geometría futura y la relación con sus vecinos orientales, con una guerra en la frontera y un conjunto de Estados llamando a la puerta para acceder al club europeo de la paz y la prosperidad.

En estas ocho décadas, el mundo ha cambiado; y España, aún más. Mucho es el camino recorrido desde la economía cerrada y autárquica de la posguerra arrasada por las deudas de la Guerra Civil, con una dictadura que mantendría al país fuera de los acuerdos de Bretton Woods y de las grandes tendencias mundiales durante 40 años. La economía española de 2023 es abierta y competitiva, acorde a una democracia moderna que es referente mundial en el ámbito del turismo, de las infraestructuras y la obra pública, de las telecomunicaciones y la digitalización, de las energías renovables, la igualdad de género y la salud de vanguardia.

España es, sin duda, un gran ejemplo de éxito económico a nivel mundial. En este periodo, los dos grandes hitos políticos de la historia de España: la transición a la democracia y la incorporación a la Unión Europea y al euro, han permitido un progreso económico sin precedentes, un cambio estructural que sitúa a España entre las economías más avanzadas y una gran mejora de la calidad de vida e institucional del país. El avance de nuestra economía se refleja en todos los indicadores económicos, desde la multiplicación por 16 del PIB y por 8 de la renta per cápita, a la universalización de la educación, el desarrollo de un estado de bienestar avanzado, la articulación de instituciones y políticas económicas modernas y la creciente participación de la mujer en el ámbito político, empresarial y social.

Estamos viviendo, sin duda, el mejor periodo de nuestra historia, pero la evolución en las próximas décadas depende de las decisiones que se tomen en el presente: de nuestra capacidad de abordar con éxito los importantes retos de la actualidad. En el corto plazo, los principales retos derivan de la ralentización de la economía europea, las tensiones inflacionistas y el deterioro de la relación de intercambio de nuestras economías por la invasión rusa de Ucrania, que llevó al aumento exponencial de los precios de la energía y otras materias primas. Los conflictos en Oriente Medio, con un alcance todavía difícil de predecir, sin duda tendrán una influencia decisiva sobre el nuevo orden mundial que se está construyendo ante nuestros ojos.

Estos conflictos geopolíticos de alto impacto son la cara visible de cambios estructurales de gran calado en el marco institucional. El marco de comercio internacional basado en reglas está en cuestión y ya no resuelve los conflictos, resurge el proteccionismo y la política de bloques y se están redefiniendo las cadenas de valor globales para garantizar la autonomía estratégica. Las tensiones inflacionistas, la subida de tipos de interés y la inestabilidad económica y financiera están poniendo a prueba la red de instituciones

multilaterales. Además, el surgimiento de nuevas potencias globales y el creciente peso de las economías emergentes cuestionan la propia gobernanza de estas instituciones, diseñadas para un mundo muy diferente con hegemonía occidental.

A ello se une la transición hacia una nueva economía verde y digital. El cambio climático es el principal reto global de nuestro tiempo, exigiendo un cambio de paradigma económico y tecnológico e ingentes inversiones en el ámbito público y privado. En paralelo, la acelerada digitalización tiene ya gran impacto sobre las economías y las sociedades, lo que exige el desarrollo de un marco de regulación y gobernanza global que proteja al ser humano y el buen funcionamiento de las democracias ante las nuevas tecnologías disruptivas.

Se trata de retos globales y también de grandes oportunidades, con gran impacto sobre la economía europea y, dentro de ella, la española. En efecto, España está por su posición geográfica en la primera línea del impacto del cambio climático, pero también cuenta con grandes ventajas para el desarrollo de las energías renovables, más limpias y baratas, y con grandes infraestructuras digitales, empresas líderes y una Administración a la vanguardia en las nuevas tecnologías, en buena situación para aprovechar por primera vez en la historia una revolución tecnológica y situarse a la cabeza de la transformación digital en marcha.

Tras el *shock* de la pandemia, gracias a una respuesta europea novedosa y solidaria se ha abierto un nuevo ciclo económico, con características muy diferentes de los del pasado, que abre nuevas perspectivas de futuro. Por fin se han cerrado las cicatrices de la Gran Crisis Financiera, la mayoría de indicadores han recuperado los niveles previos a 2008, la economía crece a buen ritmo y con menores desequilibrios. Además, contamos con una hoja de ruta clara y los recursos financieros para acometer las reformas e inversiones necesarias para ser más resilientes en un nuevo orden internacional mucho más inestable, multipolar y conflictivo.

En este contexto, este artículo aborda el presente, pasado y futuro de la economía española, repasando muy rápidamente los principales cambios vividos a nivel global, europeo y nacional, para centrarse en la evolución desde la Gran Crisis Financiera y analizar las líneas principales de política económica en cada fase, identificar los principales retos y oportunidades actuales y articular algunos principios útiles de cara al futuro.

2. De la Guerra Fría a la Gran Crisis Financiera

El orden económico internacional ha estado durante casi 80 años regido por una red de instituciones multilaterales y principios basados, en esencia, en tres elementos: *i)* la hegemonía de los EE UU y el dólar como principal moneda de transacción y reserva; *ii)* la primacía de la democracia liberal y el capitalismo como principios rectores de organización social y económica en el bloque occidental; y *iii)* el libre comercio y la globalización como motores de progreso. Las instituciones creadas tras el acuerdo de Bretton Woods —el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial—, junto a los Bancos

Regionales de Desarrollo, la Organización Mundial del Comercio, la OCDE y otros foros multilaterales, han ido desarrollando una red de seguridad de instrumentos y reglas para encauzar los conflictos de forma pacífica, contener las crisis de balanza de pagos y contribuir a garantizar la estabilidad financiera a nivel mundial.

En respuesta a este marco de gobernanza económica «occidental», tras la Segunda Guerra Mundial los países de la órbita de la antigua URSS desarrollaron durante más de 40 años otras instituciones de planificación económica y comercial. Se abrió así el periodo de la «Guerra Fría» que, sin embargo, colapsó a finales de la década de los 80, incapaz de proporcionar niveles de libertad, crecimiento, modernidad y calidad de vida comparables a los occidentales.

Con la crisis del modelo soviético y la caída del muro de Berlín en 1989, se inició un periodo de hegemonía absoluta de los Estados Unidos. El modelo económico capitalista se proyectó a nivel mundial mediante la globalización económica y financiera y la extensión de las cadenas de valor globales, con hitos emblemáticos como el cierre en 1994 de la importante ronda Uruguay de desarme arancelario y la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), la ampliación de la OCDE fuera del núcleo de Norteamérica y Europa, la cooperación internacional en materia tecnológica y de competencia, y la espectacular globalización financiera propiciada por la digitalización y la remoción de barreras a los movimientos de capitales.

La entrada de China en la OMC en 2001 y la ampliación de la Unión Europea a los países centroeuropeos en la órbita soviética en 2004 marcan el momento más álgido de esta fase de globalización, que parecía avanzar sin freno, expandiendo el modelo empresarial capitalista, la globalización de los mercados de bienes y servicios a nivel mundial y la superioridad del modelo político occidental de democracia liberal.

Durante este periodo, la economía española pasó del régimen autárquico de la posguerra, que mantuvo durante los años 40 y 50 niveles de producción y renta per cápita muy por debajo de los países vecinos, a integrarse en las grandes corrientes europeas. Tras el Plan de Estabilización y la apertura económica, el proceso de industrialización, terciarización y «desarrollismo» de las décadas de los 60 y 70 permitió algunas mejoras en el nivel de vida, pero no resolvió los desequilibrios arrastrados desde el régimen anterior, que se vieron agravados por el deterioro de la balanza de pagos por las crisis del petróleo.

Solo la llegada de la democracia permitió poner las bases de un marco institucional y unas políticas públicas modernas, iniciando el periodo de mayor crecimiento y prosperidad de nuestra historia. El pacto social logrado con la transición para contener la espiral inflacionista inició en la década de los 80 del siglo pasado un proceso de modernización estructural sin precedentes, recuperando el tiempo perdido desde la Guerra Civil. Durante ese cuarto de siglo se construyó el estado de bienestar, con acceso universal a la educación, la sanidad, un sistema público de pensiones y un marco fiscal moderno. España se unió a las Comunidades Europeas en 1986, se incorporó el marco normativo europeo y se desarrolló un marco de políticas públicas y regulación alineado con las mejores prácticas internacionales. Sobre la base del fuerte crecimiento de la economía

doméstica, se expandieron empresas líderes y con proyección internacional en los ámbitos de la energía, las infraestructuras y las telecomunicaciones. La mejora del nivel educativo, el progreso económico y social y el aumento de la inversión impulsado por la estabilidad política, el acceso al euro y la llegada de los fondos estructurales europeos multiplicaron en los años 90 la renta per cápita y los indicadores de desarrollo del país, convergiendo hacia las grandes economías más avanzadas.

Sin embargo, el fuerte crecimiento no corrigió algunos de los importantes desequilibrios macroeconómicos y vulnerabilidades estructurales arrastrados del pasado, que explican el mayor impacto de los *shocks* y la volatilidad característica de la economía española. Entre ellos, destaca el alto desempleo, la carencia de capital humano, inmaterial y tecnológico y el déficit público y de balanza de pagos, debilidades estructurales que, exacerbadas con la burbuja financiero-inmobiliaria a principios del siglo XXI y las carencias del marco regulatorio y de supervisión, explican el gran impacto de la Gran Crisis Financiera iniciada en 2008 y sus profundas implicaciones sobre el crecimiento potencial y la cohesión social.

3. De la Gran Crisis Financiera a la pandemia

La Gran Crisis Financiera que estalló en 2008 supuso la ruptura del paradigma del fundamentalismo de mercado y abrió una brecha fundamental en el modelo económico y el orden global dominante. En efecto, con el estallido de la burbuja financiera en Estados Unidos y el contagio al conjunto de la economía mundial, se pusieron en cuestión las bases teóricas y los consensos de política económica existentes, y quedaron expuestas las vulnerabilidades de un marco de estabilidad financiera que no tenía ni los instrumentos ni la envergadura para responder a grandes crisis simétricas que afectasen a las economías más desarrolladas del mundo, y ya no reflejaba bien la realidad económica internacional.

En paralelo, con el creciente cuestionamiento de las instituciones dominantes «tradicionales», surgieron nuevos foros como el G20 para dar cada vez más voz a las economías emergentes, reunidas en el acrónimo BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). También se reforzaron los mecanismos de cooperación y coordinación financiera, desde los estándares del Comité de Basilea a la creación del Consejo de Estabilidad Financiera.

En el caso de España, la Gran Crisis Financiera iniciada en 2008 truncó la senda de crecimiento y prosperidad seguida desde la llegada de la democracia. Durante los últimos quince años, nuestra economía ha atravesado una larga recesión, de 2009 a 2013, seguida por un periodo de expansión desde 2014, interrumpido por el *shock* sin precedentes causado por la pandemia en 2020.

En este periodo se han aplicado políticas económicas muy diferentes a nivel nacional y europeo, con resultados también muy diversos. Las decisiones en términos de política fiscal, monetaria y estructural adoptadas frente al COVID-19 han incorporado muchas de las lecciones de las respuestas fallidas a la crisis financiera para minimizar los costes y evitar un daño estructural, con un impacto mucho más positivo a corto plazo, en términos

de actividad económica, empleo, inversión e ingresos fiscales, y también a largo plazo, sobre las estructuras productivas y las instituciones económicas y sociales, la innovación, la productividad, el crecimiento potencial y la distribución de la renta.

La crisis financiera de 2008, originada en Estados Unidos y extendida a nivel mundial, puso de manifiesto importantes debilidades en la economía española y en el proceso de construcción de la unión económica y monetaria. La implosión de los mercados financieros desencadenó una espiral destructiva que afectó desde los mercados bancarios hasta la deuda pública, la economía real y el proyecto político europeo. En retrospectiva, es evidente que la situación requería una respuesta decidida basada en la unidad y la solidaridad, a diferencia de la respuesta fragmentada que se brindó en ese momento.

Este *shock* marcó un antes y un después en la historia económica de España, llevando a una década perdida en términos de inversión, progreso económico e igualdad. Después de décadas de crecimiento, avances sociales y convergencia con las principales economías europeas, la crisis financiera, económica y social profunda socavó los fundamentos de la economía española y generó un gran daño social.

La acumulación de desequilibrios estructurales durante el auge económico que precedió a las turbulencias financieras agravó el impacto de la crisis. La concentración de recursos en el sector inmobiliario, el endeudamiento excesivo de empresas y familias y el déficit exterior llevaron a un modelo de crecimiento insostenible.

Además, la crisis puso de relieve las carencias de la integración económica europea. El proceso de creación del euro se centró en la política monetaria y careció de mecanismos sólidos de unión bancaria, económica y fiscal. La fragmentación de los mercados financieros minoristas, de la regulación y supervisión, llevó a una espiral destructiva en los mercados bancarios y de deuda pública en Europa, al asociarse la solvencia de las entidades con su «pasaporte» nacional.

La respuesta europea, descoordinada y procíclica, llevó a una década perdida para España, que se descolgó de la senda de convergencia económica y social. Tras un primer momento de impulso a la demanda de corte keynesiano, a partir de 2010, ante las turbulencias financieras en la zona euro, se impusieron políticas monetarias y fiscales contractivas que llevaron en España a un ajuste real intenso de los salarios y de empleo que agravó la crisis económica, aumentó sustancialmente el coste del ajuste fiscal y resultó en un grave daño social por el aumento de la desigualdad, la precariedad laboral y la caída de la inversión pública.

La prolongada recesión y la falta de inversión redujeron el crecimiento potencial del país, rompiendo la senda de progreso desde la llegada de la democracia. España tardó alrededor de una década en recuperarse en términos de PIB y empleo. La caída de los salarios reales y la baja inversión perjudicaron la productividad y las condiciones laborales, especialmente para los jóvenes, lo que resultó en una vuelta atrás en términos de convergencia económica y crecimiento potencial, con importantes desequilibrios sociales.

A partir de 2014, la economía española volvió al crecimiento positivo, aunque con un contexto de precariedad laboral, falta de inversión en sectores clave y un aumento de

la desigualdad. Tras una fase de reformas de corte liberal, para la reestructuración del sector bancario y la flexibilización del mercado laboral y de bienes y servicios, la economía siguió con un crecimiento inercial y escasa corrección de los desequilibrios fiscales hasta el cambio de Gobierno y de política económica en el verano de 2018.

A partir de 2018, la política económica española se ha basado en tres principios: responsabilidad fiscal, justicia social y reformas estructurales alineadas con las mejores prácticas internacionales. Esta política económica, coherente y ambiciosa, ha permitido a España tener un papel protagonista en la articulación de la respuesta europea a los diferentes retos vividos en estos años, responder con eficacia al reto derivado de la pandemia de la COVID-19 y también al impacto de la guerra en Ucrania en términos de inflación, subida de tipos de interés y turbulencias en mercados energéticos.

Además de acelerar la corrección de los desequilibrios fiscales, en 2018 se retomó el impulso reformista, con el objetivo de corregir lo antes posible el daño estructural arrastrado desde la Gran Crisis Financiera. La agenda económica se enriqueció con indicadores cualitativos para medir no solo el crecimiento del PIB sino también el bienestar social real y la sostenibilidad, y en febrero de 2019, se publicó la *Agenda del Cambio*, una hoja de ruta de modernización estructural para guiar la acción económica pública y orientar las decisiones de los agentes privados.

En este contexto, a principios de 2020, el mundo se enfrentó a la pandemia de la COVID-19, un desafío que generó un impacto sanitario y económico sin precedentes. Las restricciones para frenar el virus afectaron, en particular, a los sectores de servicios, como el turismo y la hostelería, lo que llevó a una caída de la producción, especialmente importante en la economía española.

Gracias a la respuesta europea, muy diferente a la de la crisis financiera, España pudo desplegar una red de seguridad económica sin precedentes, movilizando recursos masivos para proteger empresas, empleos y rentas familiares. Esto incluyó la implementación de Expedientes de Regulación Temporal de Empleo (ERTE), avales públicos para mantener la liquidez del conjunto de la economía, prestaciones extraordinarias para trabajadores autónomos, transferencias de recursos a las comunidades autónomas y los ayuntamientos para mantener los servicios públicos y responder a la crisis sanitaria, y un programa de Ingreso Mínimo Vital con un escudo social robusto para proteger a los grupos más vulnerables y prevenir un aumento de la desigualdad.

La coordinación de políticas monetaria y fiscal a nivel europeo e internacional evitó una crisis financiera global y permitió una rápida recuperación económica. En efecto, las políticas expansivas permitieron mantener la liquidez, estabilizar los mercados financieros y evitar una crisis de balanza de pagos generalizada. Además, se anunciaron grandes programas de inversión a nivel internacional con un enfoque en la modernización tecnológica, la digitalización y el cambio climático.

A nivel europeo, se acordó en julio de 2020 un novedoso Plan de Recuperación para movilizar 750.000 millones de euros de fondos europeos en inversiones públicas en modernización tecnológica, digitalización y lucha contra el cambio climático. España

desempeñó un papel central en la aprobación y el diseño de este Plan, tomando desde el primer momento el liderazgo en su ejecución para maximizar el impacto contracíclico.

Gracias a esta respuesta de política económica, en menos de dos años España recuperó el nivel de PIB y empleo prepandemia y se ha iniciado un ciclo económico muy diferente a los del pasado. En paralelo con el fuerte crecimiento desde 2021, las reformas puestas en marcha están permitiendo superar algunos de los desequilibrios que han explicado la alta inestabilidad y pobre resultado económico en décadas anteriores. En comparación con las políticas públicas del pasado, la respuesta decidida por parte de la Unión Europea permitió una fuerte recuperación, más rápida y casi sin daño estructural, con intensa creación de empleo, una inversión robusta y mejora en los indicadores de igualdad y bienestar social.

4. Un nuevo ciclo

La experiencia de estos 15 años refleja la importancia crucial de la orientación de la política económica en la evolución a corto y largo plazo de la economía y la sociedad. Las decisiones tomadas en respuesta a las crisis financieras y a la pandemia demostraron, en efecto, ser determinantes en el tipo de recuperación y el bienestar resultante de la sociedad española.

El Plan de Recuperación es, probablemente, la muestra más importante de que se han aprendido las lecciones de la crisis de 2008. Gracias a la respuesta progresista y los fondos europeos del programa *Next Generation*, España está ejecutando un programa ambicioso de inversiones y reformas centradas en la inversión productiva en capital humano e infraestructuras físicas, tecnológicas, digitales, naturales y sociales; un proyecto de país que permite tomar las riendas para definir la economía del futuro.

En un mundo marcado por la aceleración del cambio y la creciente frecuencia e intensidad de *shocks* exógenos, conflictos geopolíticos y ciberataques, ya está en marcha un proceso de modernización y reindustrialización del país centrado en la sostenibilidad ambiental y la transformación digital. Su impacto, estimado en un aumento anual medio del 3% en el nivel del PIB hasta 2031, solo es comparable al de la adhesión a la Unión Europea o a las inversiones con los fondos estructurales europeos, que han sido fundamentales para el desarrollo de España durante décadas.

Para lograr un crecimiento más sostenible e inclusivo a largo plazo, el Plan de Recuperación destina recursos a las palancas principales para aumentar la productividad y sostenibilidad de la economía. La distribución de las inversiones, con casi un 40% para transición verde y un 30% para la transformación digital, un 10% para educación y formación profesional, un 7% para ciencia e innovación, y los proyectos estratégicos ya iniciados ofrecen una visión clara de los sectores clave en el proceso de transformación del país.

Se trata de movilizar la inversión pública y privada con grandes proyectos tractoras para que España esté a la cabeza en la modernización de las industrias estratégicas. Ya se han puesto en marcha inversiones sin precedentes en el ámbito del vehículo

eléctrico y conectado, la industria naval, aeroespacial, agroalimentaria, electrointensiva y de los chips, en las energías renovables, la economía circular, la digitalización del ciclo del agua, las tecnologías de salud de vanguardia, la nueva economía de los cuidados y la nueva economía de la lengua, para que la inteligencia artificial también hable español y lenguas cooficiales.

El Plan de Recuperación también incluye un programa ambicioso de reformas estructurales. Para modernizar el marco normativo y administrativo de España, situándolo entre los países más avanzados en términos de eficiencia económica y justicia social, mediante leyes modernas en los ámbitos laboral, de pensiones, educación, universidades, telecomunicaciones, audiovisual, *startups*, concursal, de la ciencia y de creación y crecimiento empresarial.

Hasta la fecha, España está liderando el despliegue de los fondos *Next Generation EU*. La concentración de las reformas e inversiones en el periodo 2021-2023 y el buen ritmo de ejecución ha maximizado el impacto macroeconómico del Plan de Recuperación, permitiendo un crecimiento intenso y sostenido de la economía y del empleo que se mantiene hasta 2023. Incluso con el endurecimiento de las condiciones monetarias en la zona euro, la inversión crece con fuerza; un factor fundamental para la continuidad del crecimiento en 2024 y más allá.

Gracias a la protección de la economía durante la pandemia y al impulso a las inversiones y reformas con los fondos europeos *Next Generation*, se han puesto en marcha cambios estructurales de largo alcance.

El mercado de trabajo está teniendo un comportamiento espectacular. El mercado laboral ha recuperado los niveles anteriores a la Gran Crisis Financiera de 2008, pero sin una burbuja inmobiliaria y con un crecimiento mucho más equilibrado que en décadas pasadas. Por primera vez en la historia, se han alcanzado los 21 millones de personas ocupadas y una población activa de 24 millones. Nueve de cada diez nuevos empleos son en el sector privado, más estables y de más calidad. La afiliación a la Seguridad Social en los ámbitos de la ciencia, el I+D y las tecnologías de la información y las comunicaciones ha aumentado en un 50% desde 2018.

La economía crece con fuerza con un superávit de balanza de pagos por cuenta corriente del 3% del PIB. La inversión también se ha mantenido, el fuerte crecimiento ha permitido avanzar en la consolidación fiscal y se prevé bajar el déficit al 3% del PIB ya en 2024.

Así, los fondos europeos *Next Generation EU* ya han conseguido su primer objetivo: una fuerte recuperación en un contexto internacional turbulento. Ahora se trata de alcanzar plenamente los dos otros objetivos del Plan: la transformación y la resiliencia.

El impulso a la doble transición verde y digital ha situado a nuestro país a la cabeza en Europa en despliegue de energías renovables y conectividad digital, posicionándolo entre los más dinámicos en el desarrollo de nuevas tecnologías relacionadas con el hidrógeno verde, el almacenamiento energético, la descarbonización de la industria, el 5G, la inteligencia artificial, las neurotecnologías, la computación cuántica y el diseño de chips.

Ha aumentado el peso de la industria en el PIB, llegando al 16 % en 2022, con cadenas de valor más productivas y modernas que integran los tres sectores «clásicos» de agricultura, industria y servicios. Esto no solo moderniza los sectores clave donde España es competitiva, sino que, también, aumenta las actividades de mayor valor añadido, con mayor productividad, mejores salarios y más potencial de crecimiento en los próximos años.

Con la aprobación el pasado octubre por el Consejo de la Unión Europea de la Adenda al Plan de Recuperación propuesta por el Gobierno de España, se abre la segunda fase del Plan, que permitirá movilizar la totalidad de los fondos europeos asignados a España para el periodo 2021-2026, más de 160.000 millones de euros en transferencias y préstamos.

En particular, los préstamos *Next Generation* brindan una red de seguridad para mantener un fuerte ritmo de inversión pública y privada. Esto es crucial para la confianza de las empresas e inversores, especialmente en el contexto actual de desaceleración de la economía mundial y alta incertidumbre sobre los conflictos geopolíticos, los precios de energía, alimentos y materias primas, los tipos de interés y la estabilidad financiera.

Con el Horizonte 2030, el Plan de Recuperación permitirá posicionar a España en los sectores de futuro, reducir de manera significativa su dependencia energética, aprovechando las energías renovables, el hidrógeno verde y el almacenamiento para tener un sistema más limpio, barato y resiliente, reforzar el capital humano y la productividad total de los factores y aumentar la autonomía estratégica y la resiliencia para hacer frente a los *shocks* y tener una posición sólida en el nuevo orden global que se está definiendo en estos momentos.

5. Conclusión

No podemos saber qué eventos imprevistos nos deparará el futuro, pero sí aprender las lecciones de los *shocks* recientes. En tiempos de turbulencias geopolíticas y de gran incertidumbre como los actuales, resulta esencial analizar la política económica y extraer lecciones para enfrentar los desafíos presentes y futuros.

La pandemia aceleró la transformación digital, mientras que la invasión rusa de Ucrania y los conflictos en Oriente Próximo subrayan la importancia de avanzar en la transición energética y garantizar la autonomía estratégica. Es preciso reforzar la capacidad en áreas críticas como energía, tecnología, agroalimentación, economía digital y seguridad. Además, es esencial reducir las vulnerabilidades derivadas de las cadenas de suministro globales y adaptarse a posibles cambios en las políticas comerciales y el proceso de globalización que han definido la economía durante décadas.

Afortunadamente, España dispone de un plan, con reformas e inversiones destinadas a abordar estos retos, y de los recursos para hacerlo realidad. En estos últimos años, hemos respondido a lo urgente y abordado también lo importante, colocando a España en la vanguardia de los cambios de largo alcance que afrontamos.

En este contexto global, es crucial mantener el rumbo y aplicar las lecciones aprendidas del pasado con determinación. La política económica debe centrarse en garantizar la estabilidad e impulsar la actividad y el empleo, apoyar una respuesta europea unificada y coordinada a nivel global para abordar los desafíos actuales, y garantizar la finalización exitosa del programa de inversión y reforma del Plan de Recuperación.

También, es fundamental seguir apostando por un marco multilateral que permita garantizar la estabilidad financiera y social; la solución de conflictos mediante reglas e instituciones democráticas. Ante el movimiento de las placas tectónicas de los últimos 80 años y la construcción de un nuevo orden mundial, España tiene un papel importante que jugar, como miembro de la Unión Europea y miembro de la comunidad internacional con importantes lazos con Latinoamérica, África y Oriente Medio. Podemos contribuir a adaptar el sistema a la nueva realidad global y seguir avanzando en un proyecto de paz compartida, de autonomía estratégica abierta, de refuerzo institucional, regulación y gobernanza global de las nuevas tecnologías.

Europa debe seguir siendo un faro de derechos humanos, de estabilidad y certidumbre en el futuro. Y España, como cuarta economía de la Unión, ha de seguir contribuyendo a este proyecto, construyendo un futuro mejor para las próximas generaciones. Gracias a la política económica de estos años y al Plan de Recuperación, tenemos una oportunidad histórica para lograrlo. Y lo estamos haciendo.